España, un país de ocho millones de pobres

Mire a la cola del autobús, a la gente que pasa por esa esquina, a los curiosos que se acercan a la pantalla de su televisor en cualquier noticia callejera: uno de cada cinco de ellos es pobre. Sin paliativos, porque entre los cuarenta millones de españoles hay ocho millones y medio de personas que viven en la pobreza.

¿Pero es que esperaba usted ver un harapiento entre esos cinco, un mendigo con un raído gorro de lana y un abrigo viejo, arrastrando su carrito...? No, nada de tópicos: el pobre medio español es una mujer joven, en torno a los treinta años, que vive en la periferia de una ciudad, que puede trabajar, pero está en paro o tiene una colocación precaria que no le permite salir de su situación de pobreza, y que es analfabeta funcional.

Y es que hay que reconocer que en los últimos años la pobreza ha cambiado de rostro. Antes era cosa asociada a personas ancianas; hoy el vértigo económico y social que registra nuestro *primer mundo* está llevando a la pobreza a los que no pueden moverse a la velocidad de estos cambios: el desempleo -sobre todo el de larga duración-, el empleo precario o determinados cambios en la estructura familiar provocan nuevos factores de pobreza. Así, el Consejo de Ministros de la UE definió a "los pobres" en 1984 como "aquellos individuos cuyos recursos materiales, culturales y sociales son tan escasos que quedan excluidos de los estilos de vida mínimos aceptables en el Estado miembro en el que viven".

Desde el punto de vista económico, que es el imperante, el criterio comúnmente aceptado es considerar pobres a las personas y familias que se sitúan por debajo del 50 por 100 de la renta media disponible neta en el territorio, lo que en España significa que son técnicamente pobres las personas que no perciben más de 44.000 pesetas al mes y deben vivir con eso. ¿Qué haría usted con esto?

Pero agárrese porque esta generalidad sólo puede matizarse a peor, que entre los pobres hay grados, en una escala hacia la miseria que muchos -la mayoría acomodada desde luego- no perciben con nitidez en su vida cotidiana porque no está formada exclusivamente por los casos extremos que algunas veces refleja la televisión sino por un amplio cupo de ciudadanos que no logran recursos para vivir con suficiencia y no encuentran camino alguno para salir de la situación, aunque sobrellevan el problema con la dignidad necesariamente cuanto más abajo se sitúan en el nivel de

ingresos.

Las franjas "superiores"

Según la Fundación Foessa, que es con Cáritas la que mejor ha estudiado la pobreza en nuestro país, la mayor parte de los españoles que sufren esta consecuencia del sistema se encuentran en las franjas *superiores* de renta, es decir, entre las 30.800 y las 40.000 pesetas mensuales de ingresos. Así está el 37'6 por 100 de los pobres: tres millones doscientos mil ciudadanos, aproximadamente. Los otros cinco millones, en más de un millón cien mil hogares, no llegan siquiera a esta cifra y aún hay, entre ellos, 1.7400.000 personas por debajo de las 22.000 pesetas mensuales y una bolsa de pobreza extrema que afecta a medio millón largo de españoles con unos ingresos de menos de 13.250 pesetas al mes.

Estas cifras de pobreza pueden juntarse, si queremos completar el cuadro, con la dificultad por vivir con la mínima holgura que padece un número sensiblemente superior de familias españolas. Según datos del Instituto Nacional de Estadística (INE), a los dos millones de hogares de nuestro país que sobreviven "con mucha dificultad" hay que sumar otros tantos en los que resulta difícil llegar a fin de mes y otros cuatro millones que lo logran con más maña que medios. De los datos ofrecidos por el INE se deduce que hay más de ocho millones de hogares en nuestro país que viven de lo justito para abajo.

La foto no es alentadora, pero estas fechas son muy adecuadas para enfocar este asunto porque es la parte del año en que más énfasis se pone en el consumo y más se relacionan felicidad y dinero y, por lo tanto, son las fechas en las que se percibe más claramente que vivimos en una "sociedad de la desigualdad" que parece perfectamente instalada y asumida en nuestros *primer mundo*.

Sin distinción de razas

Cuando los países ricos hablan de la pobreza lo hacen normalmente como si ésta no se diera en su territorio y sólo fuera asunto de los países en desarrollo. Pero en Europa hay casi 55.000.000 de pobres -la cifra sube "rápidamente", según el Banco Mundial- y en Estados Unidos, el modelo económico de hoy, uno de cada cuatro niños en edad escolar es pobre. Y no se trata de pobreza *importada*, no es que los inmigrantes -pobres por definición- sumen unidades estadísticas que chafen los buenos indicadores de nuestra *confortable* sociedad. En el caso de los Estados Unidos de América el asunto está claro y asumido: la nueva pobreza es pobreza sin raza, estructural, que se da en las grandes ciudades, en Nueva York y en California, y también en los Estados del interior, como

Alabama, Kentucky o Texas...

En Europa la situación es extrapolable. ¿Qué pasa entonces con la imagen de progreso que todos tenemos, con la idea expresa de que todo va bien...? Pues que el registro, o por lo menos la proyección pública, de la situación social y económica se hace habitual e interesadamente desde lo que los expertos llaman "una perspectiva conglomerativa", que toma a la sociedad como una unidad y que evalúa el desarrollo humano mirando los adelantos de todos los grupos en su conjunto: es cierto que ahora hay más medios, más acceso a productos y servicios, trenes más rápidos, más recursos públicos y privados, más adelanto técnico y científico... Pero, ¿para quién?

En la UE se está dando un proceso de dualización social que hace crecer la diferencia entre ricos y pobres. La *línea de pobreza*, por debajo de la cual entra en la espiral de la exclusión social, aparece cada vez más nítida en una sociedad y una economía que se orienta igual de nítidamente hacia el *conocimiento* y que pueden dejar fuera de juego a un importante número de ciudadanos si no se toman medidas para evitarlo.

Hace unos meses, en marzo, el Consejo Europeo de Lisboa reconoció el grave pelibro de que, de no combatirse a tiempo, la nueva sociedad de la información "cree un abismo cada vez mayor entre las personas que tienen acceso al nuevo conocimiento y las que están excluidas". La palabra "abismo" no se usa aquí con fines literarios: el Consejo de Europa sabe que la separación entre ricos y pobres se acentúa en los periodos de grandes cambios en la estructura económica.

Como en el caso de España, que tiene unos indicadores aplaudidos por la mayoría política, pero que no evitan que el último Informe sobre el Desarrollo Humano de la ONU, de julio de este año, sitúe a nuestro país en el puesto 21 de la clasificación de países en relación con el reparto de la riqueza y el bienestar social, cuando en 1998 ocupaba el puesto 11 de la lista. La Asociación pro Derechos Humanos de Andalucía pone su énfasis en esta dato, "que se debe a que los españoles más ricos han ganado un 9 por 100 más, mientras que los pobres siguen prácticamente igual".

La cuestión está entre *modernización* y *desarrollo*. A juicio de quienes trabajan en la lucha por erradicar la pobreza, sociedades como la española se *modernizan* continuamente, pero eso no implica que sus ciudadanos alcancen el nivel de *desarrollo* necesario para superar determinadas situaciones. Hay que *invertir en las personas*. Recientemente la UE ha decidido convertirse en la "economía basada en el conocimiento más dinámica y competitiva del mundo, capaz de conseguir un crecimiento económico sostenible, con más y mejores puestos de trabajo y una mayor cohesión

social". "Dinámica y competitiva" en estos terrenos significa "más gente que se queda en el camino", y como esto se sabe de sobra, una de las tres líneas estratégicas que deben conducir a tal objetivo es la de "invertir en las personas y promover la inclusión social", según se recoge en el documento con el que la UE ha puesto en marcha un programa de lucha contra la pobreza. El objetivo es la "reducción del número de personas que viven por debajo del umbral de pobreza, del 18 por 100 actual al 15 por 100 en el 2005 y al 10 por 100 en el 2010, y reducir a la mitad la pobreza infantil antes del 2010".

Un paso adelante

No es que sea un objetivo alcanzable por dicho programa -el tercero de su especie-, que, aunque busque reducir la pobreza clara y tajantemente, no es una actuación de choque de la UE sino que se trata de un paso adelante que pretende conocer la situación (análisis de causas, procesos...) y establecer una estructura eficiente de lucha contra la exclusión. La dotación del programa es de sólo 70 millones de euros. El problema es que no se trata de un *enemigo* simple, de una sola cara. Como se ha dicho, la pobreza no es sólo cuestión de falta de dinero y no se arregla sólo con dinero sino afrontando las múltiples dimensiones que presenta, como son las carencias en los ámbitos de la formación, la capacidad de empleo, la salud, la seguridad, la vivienda o el aislamiento: una cadena que acaba acentuando la vulnerabilidad de los que se ven inmersos en ella hasta encerrarse en un círculo vicioso del que es imposible salir sin ayuda del exterior.